



LA IDENTIDAD EN RIESGO

Juan Gabriel Vásquez, publicaba el día 17 de julio de 2011, un artículo en el diario El País en que decía, entre otras cosas: *La identidad ha sido siempre nuestra posesión más frágil, pero en estos tiempos su fragilidad se ha acentuado, quizás también porque también se ha acentuado su importancia: mucho depende en el curso de un día cualquiera de que podamos probar –con un carnet, con una tarjeta de la Seguridad social- que somos quienes decimos ser.*

En este artículo, se refería el autor a los riesgos que nuestra identidad sufre en Internet, donde cualquier desaprensivo puede captar nuestros datos personales, puede falsificar nuestra identidad y poner en nuestros labios cosas que jamás hemos dicho o que jamás diríamos o incluso hacernos firmar algo que no firmaríamos ni bajo presión.

Sin embargo, existen insidiosos y oscuros suplantadores de identidades que pasan más desapercibidos y a los que ninguna justicia puede poner en su lugar. Son aquellos que con gestos, palabras o actitudes difunden rasgos de la personalidad de los demás que no les corresponden.

De modo silente y nocturno, ejercen el poder de calificar o descalificar la identidad de otros. No juzgan, pero reparten insinuaciones. No atacan, pero dejan de lado. No alaban ni ponderan, pero encumbran. El peligro de estos manipuladores de las identidades ajenas estriba en que si sus víctimas se les someten, ellos avanzan un paso y terminan anulándolas; algunas de esas víctimas, felizmente engañadas, pierden cualquier posibilidad de recuperar su identidad originaria y única. Pero, algunas víctimas se revuelven y reclaman su identidad y entonces, los manipuladores, con gesto digno, se retiran airados y a la víctima le cabe siempre la duda de cuál fuera su identidad verdadera; la sometida o la rebelde.

La apropiación de identidades es moneda común y aún pone en un riesgo más la identidad de sus víctimas, especialmente la de aquellas que quieren recuperar su verdadero rostro.

Es decir, estos ladrones taimados de identidades mudan, a su vez, de identidad, disfrazándose de víctimas y culpabilizando a aquellos a los que han despojado. Así, el engaño es completo. Pues ellos desplazan el delito hacia los que no lo han cometido, quedando a salvo de cualquier sospecha.

Antes, los hubieran llamado calumniadores, sin embargo, son tan astutos que de su boca nunca sale ni una mala palabra sobre su víctima, sólo la insinuación de que si ellos, personas honorables, han dado de lado a esta o a aquella otra persona, por algo será.

Hace años que me pregunto qué significa la frase evangélica ‘carga con tu cruz y sígueme’. Ya sabemos que al que enunció esta frase lo denigraron hasta llevarlo a morir como a un criminal, mientras Él permanecía en silencio. Aunque en nuestras vidas mediocres la cosa pueda no ser tan dramática ni nuestros méritos tan claros, sin embargo, resulta evidente que la frase se refiere, de manera directa, a este tipo de malos tratos que deshacen la imagen de una persona, le roban su identidad, la tergiversan y la difunden por la vía del silencio pues la víctima, despojada de su verdadera imagen, no puede hacer nada para defenderse y tiene que cargar con la presión social de su desprestigio y de su pérdida de identidad.

Si, por un momento, piensa en tomar venganza, en defenderse de algún modo, sólo lo puede hacer atacando a la personalidad del manipulador y, en ese caso, lo único que consigue es evidenciar que el verdugo tenía razón. Así que no le queda otra que cargar con esa cruz y seguir su camino, esperando que el tiempo ponga a cada cual en su lugar.



Una variante frecuente de esta manipulación de la identidad es aquella en la que incurren quienes no pueden perdonar que alguien les haya hecho un favor. Deberían reconocer la generosidad del otro y sentirse en deuda, pero como no están dispuestos a ese reconocimiento, hacen objeto de su desprecio, de su desdén o de su indiferencia a los generosos. Les gustaría verlos en un aprieto, para, gozándose en su sufrimiento, tenderles la mano con desgana y quedar como héroes.

Si jamás se busca amparo o consuelo en esas personas, entonces su desdén se vuelve envidia y rencor, por lo que optan, también de modo silencioso, por propagar rasgos que no se corresponden con la identidad de quien fue generoso con ellos un día.

De un modo u otro estos también son usurpadores de identidades. Someten a desprestigio a sus benefactores, alzándose por encima de su cabeza y demostrando al mundo que sus actitudes falsas son más sinceras que las de estos. Se vuelven arcangélicos de manera que los otros aparezcan como la encarnación del diablo.

Es un juego constante de reparto de culpas el que ejercitan estos ladrones de identidades, para salvaguardar sus propias culpas. En cualquier caso, mientras a unos les toca cargar con la cruz, los manipuladores y usurpadores de identidades pierden simplemente su tiempo, porque se ven obligados a fingir su propia identidad, lo que supone una laboriosa asunción de un personaje, cuyo papel hay que aprender y sostener, evitando las contradicciones y los deslices. Mientras que el que carga con su cruz, sí, arrastra un peso, pero si lo carga con dignidad, puede ir a donde quiera, incluso a la muerte, siendo siempre él mismo.